

ESTUDIOS DE ANTROPOLOGÍA BIOLÓGICA

VOLUMEN XIII

**

Editoras

Magalí Civera Cerecedo
Martha Rebeca Herrera Bautista



Instituto Nacional
de Antropología
e Historia



Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS
INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA
ASOCIACIÓN MEXICANA DE ANTROPOLOGÍA BIOLÓGICA
MÉXICO 2007

Comité editorial

Xabier Lizarraga Cruchaga
Abigail Meza Peñaloza
Florencia Peña Saint Martin
José Antonio Pompa y Padilla
Carlos Serrano Sánchez
Luis Alberto Vargas Guadarrama

Todos los artículos fueron dictaminados

Primera edición: 2007

© 2007, Instituto de Investigaciones Antropológicas
Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F.

© 2007, Instituto Nacional de Antropología e Historia
Córdoba 45, Col. Roma, 06700, México, D.F.
sub_fomento.cncpbs@inah.gob.mx

© 2007, Asociación Mexicana de Antropología Biológica

ISSN 1405-5066

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización
escrita del titular de los derechos patrimoniales

D.R. Derechos reservados conforme a la ley
Impreso y hecho en México
Printed in Mexico

SEXUALIDAD DE *HOMO SAPIENS-DEMENS*:
INSTINTO *VERSUS* ALTRICIALIDAD Y NEOTENIA

Xabier Lizarraga Cruchaga

Dirección de Antropología Física, INAH

RESUMEN

En este trabajo se discuten, desde la perspectiva de la antropología del comportamiento, las nociones de *instinto e impulso*, así como el importante papel que tienen la inversión parental (*altricialidad*) y los rasgos juveniles en la adultez (*neotenia*) en la construcción de la expresividad sexual del animal humano.

PALABRAS CLAVE: comportamiento, sexualidad, instinto, impulso, altricialidad, neotenia.

ABSTRACT

We discuss in this paper, from the perspective of behavioral anthropology, the notions of instinct and impulse, as well as the importance that parental investment (altriciality) plays and juvenile features in adulthood (neotenia) in the construction of the sexual expressivity of the human animal.

KEY WORDS: behavior, sexuality, instinct, altriciality, neoteny.

*...hay que hacer un esfuerzo por relacionar de forma realista
lo que creemos que es el sexo, lo que decimos que es el sexo
y lo que hacemos con el sexo.*

Gore Vidal:
Sexualmente hablando.

La sexualidad es un tema que puede abordarse, de manera separada y segmentada, desde un sin número de perspectivas, como la psiquiatría, la psicología, la sociología, la historia y las disciplinas de corte biológico en general. Con frecuencia dichas miradas son unidireccionales y al segmentar el fenómeno lo reducen, si no a lo puramente fisiológico sí al carácter genésico de los encuentros sexuales entre los individuos maduros de la especie que toman como objetos de los estudios: *miradas de corte heterocéntrico y reproductivista*. Con ello se le da a la sexualidad un peso más que significativo en términos de las dinámicas de la evolución y de la perpetuación de las especies y los grupos, pero se tiende a eludir otras expresiones de la sexualidad, otras maneras de darse el vínculo entre los individuos, las sensaciones y los sentimientos, consecuentemente dichas perspectivas reduccionistas pasan por alto muchos matices y fenómenos relativos al *ser-estar haciendo sexual* de los organismos vivos. Son miradas que suelen dejar de lado aquellos aspectos del fenómeno que nos permiten pensar la sexualidad como *parte inherente al todo del animal humano*. Segmentar y separar las partes del todo plural significa desarticular aquello que nos permitiría aprehender-comprender las lógicas y dinámicas de un fenómeno que, como el de la sexualidad, es sumamente complejo y dinámico.

Desde las miradas que se centran y concentran en lo genésico ha resultado fácil (y cómodo) pensar la sexualidad animal (incluyendo la humana) en términos de instintos o, lo que viene a ser lo mismo, de respuestas espontáneas e inmediatas a una cadena muy particular (y limitada) de estímulos, tanto endógenos como exógenos, que derivan en la posible reproducción de los individuos y grupos. A partir de un paradigma funcionalista y biologicista se alude al papel que en la sexualidad tienen los órganos, los genes y las hormonas, en la dirección (y el sentido) de las conductas sexuales de los individuos de las diversas especies, en el concierto de las dinámicas de reproducción de las mismas.

Sin embargo, la noción de *instinto* debe ser cuidadosamente re-examinada, en la medida en que, con frecuencia, los significados dados a la palabra no son precisados por aquellos que la utilizan en su hacer académico y en su discurso explicativo de la realidad. No es suficiente pensar los instintos como *conductas innatas* o *no aprendidas* (como parecen insinuarnos autores como Lorenz y Leyhausen, entre otros) (Lizarraga 1977, Lorenz 1971, Lorenz y Leyhausen 1971), en tanto que no es raro

que en el habla de la cotidianeidad también se aluda con tal denominación a *reacciones y movimientos automatizados* (v.g.: “instintivamente giré el volante del coche” o “instintivamente rechacé el ofrecimiento...”); movimientos y acciones que finalmente derivan de experiencias y aprendizajes de muy diverso tipo, no siempre conscientes o asumidos como tales. También en el manejo cotidiano del término se suele confundir al instinto con *la intuición* (“confío en tus instintos para resolver el problema planteado”). Por otra parte, numerosas reacciones e incluso conductas pueden ser de carácter impulsivo, pero no necesariamente instintivas (como salir corriendo de un lugar cuando se produce un terremoto o comer cuando se experimenta ansiedad). En virtud de todo ello es imprescindible definir con mayor precisión, en términos académicos y operativos, a qué nos referimos cuando utilizamos palabras como *instinto* e *impulso*.

En tanto que en los diccionarios (Alonso 1991) el término *impulso* hace referencia a la fuerza que mueve (impele) a hacer (o a que ocurra) algo, quizá es viable que pensemos los impulsos como *acciones y conductas que el individuo se siente internamente movido a realizar*. En los mismos diccionarios se dice que la palabra *instinto* no hace referencia a una acción o conducta, sino *al estímulo mismo que mueve a los animales a una acción o actividad*; aunque se reconozca que el instinto también es *una forma de responder* a un estímulo no necesariamente evidente. Resulta necesario, por tanto, que en el ámbito de los discursos de corte comportamental se precisen diferencias entre, por un lado, lo que son los estímulos y lo que reconocemos como actos comportamentales, y, por el otro, distinguir entre conductas impulsivas e instintivas.

Ahora bien, las definiciones que se ofrezcan siempre serán discutibles, en la medida en que todas ellas son interpretaciones y devienen en *maneras de pensar la realidad*, que, por lo mismo, suponen una forma determinada de utilizar los términos. Ninguna definición, en consecuencia, debe tomarse como la única cierta, sino sólo como la válida para entender lo que está diciendo quien utiliza la palabra en un contexto discursivo en concreto. En ese sentido, los vocablos *impulso* e

¹ Reacciones y movimientos como retirar la mano de una fuente intensa de calor o esquivar algo que podría golpearnos también se confunden con instintos, así como muchos otros movimientos involuntarios como el cerrar los ojos ante la presencia cercana de un objeto o contraer algunos otros músculos.

instinto necesitan ser *operativamente* re-planteados como *modalidades conductuales*, como formas comportamentales que requieren de una maduración ontogénica y que, en un sentido más amplio, son susceptibles de ser silenciados por el contexto bio-psico-sociocultural y por las acciones que éste motiva. El contexto en el que la propia ontogenia se da y la historia del grupo tienen un papel importante como agentes improntadores y modeladores, texturizantes de las experiencias y de las acciones del sujeto; consecuentemente, los matices de una conducta o respuesta también se ven matizados por el entorno y el momento en que se producen.

Partiendo del supuesto de que el comportamiento siempre involucra la inter y retroacción de los imperativos comportamentales (agresividad, territorialidad, sexualidad e inquisitividad) y de los imperativos fisiológicos (como el hambre y la sed), también es imprescindible reconocer que las sensaciones participan de manera determinante en toda conducta y en general en el comportamiento (con frecuencia en calidad de reactivos comportamentales, tal es el caso del miedo, la vulnerabilidad, la gregariedad y la curiosidad),² así como estímulos endógenos y exógenos de muy diverso tipo (eléctricos, químicos, climatológicos, experienciales, psico-afectivos, culturales, ideológicos, etcétera). En esa línea de pensamiento, cabe pensar los *instintos* como *movimientos y acciones conductuales genéticamente determinados (a nivel especie)* y que los individuos por sí mismos no pueden modificar ni reprimir, a diferencia de las conductas de tipo impulsivo, que si bien tienen un importantísimo sustrato genético, pueden ser reprimidas y modificadas por el individuo, por lo que no podemos calificarlas de inevitables. (Lizarraga 1977)

Desde la perspectiva de la antropología comportamental, cabe concebir al comportamiento como un amplio espectro de movimientos, actividades y conductas que dan dirección y sentido a una serie plural de reacciones, reflejos y acciones; mientras que el término *conducta* alude a *una unidad de acción* en concreto, compuesta por reacciones particulares, por respuestas singulares de tipo fisiológico y por diversos movimientos *dirigidos a obtener un resultado determinado* (independientemente de que éste sea o no positivo para el organismo actuante). Por

² Asaber, directamente relacionados con los imperativos comportamentales: *miedo-agresividad, vulnerabilidad-territorialidad, gregariedad-sexualidad y curiosidad-inquisitividad*.

otra parte, dadas sus cualidades evolutivas y ontogénicas, debe pensarse al animal humano como un organismo que responde *hedónica y desmesuradamente, racional y delirantemente* al medio y a sus propias creaciones (incluso a su realidad histórica); debemos ver al *Homo sapiens* como forma animal que responde consciente o inconscientemente ante una amplia gama de situaciones cambiantes, en función de las características del entorno y del animal mismo, así como en virtud de las improntas sociales y de numerosos aprendizajes sociales, psicoafectivos y culturales propios del grupo (y tiempo) en el que vive.

Por lo anterior, mirar la sexualidad del animal humano como un comportamiento configurado por conductas de tipo instintivo supondría dejar de lado una diversidad de vivencias aprendidas por los individuos de la especie (incluso históricamente), cuando son éstas las que realmente hacen que la sexualidad *sapiens-demens* (Morin 2003) se exprese (y muestre) como *una serie de procesos y fenómenos plurívocos*.

La sexualidad del animal humano, al igual que en otras especies, coloca al individuo *frente a sí mismo*, también *frente a los demás* (como individuo) y *frente al grupo* (como parte de un todo social). Por lo mismo, la sexualidad del primate *sapiens-demens* no puede ni debe pensarse reducida a lo puramente genético, limitada sólo a lo fisiológico o lo genésico, mucho menos podemos pretender explicarla en términos de instintos o meros impulsos, en tanto que son las experiencias personales y el entorno social, cultural y afectivo lo que significa (y en principio direcciona) sexualmente al individuo en términos de sus maneras particulares de establecer *vínculos sexo-afectivos*, que devienen en *vínculos sociales* cada vez más amplios.

En otras palabras, las significaciones y direcciones de lo sexual necesariamente se dan en un plano socio-histórico, primero, al asignarle al individuo un *sexo-género*, por lo general a partir de la anatomía sexual externa que presenta en la entrepierna (o parece presentar) al momento de nacer, y, posteriormente, al atribuirle al individuo –en función del mismo sexo-género– una serie de *cualidades intrínsecas* (v.g.: características y capacidades físicas y emocionales) que devienen en la generación de roles sexo-sociales, y que tienden a condicionar muchas de las respuestas sexo-afectivas y sexo-sociales del individuo en el concierto dinámico de su vida. Si pretendiéramos pensar la sexualidad del individuo humano sólo en términos genésicos –en su calidad de sujeto sexual– y

tomarla como producto meramente fisiológico o genético, la noción misma de *sexo-género* (que alude a lo femenino y lo masculino) carecería de sentido y de peso, de trascendencia, en la medida en que se referiría a lo mismo que la noción *sexo* (que apunta biológicamente al hecho de ser hembra o macho de la especie).³

Desde una perspectiva antropofísica, no sólo son posibles otros muchos ángulos de aproximación a la infinidad de procesos que supone el fenómeno sexual, sino que es importante y necesario tomar en cuenta aquellas cualidades de la especie que, por evolución y por historia, permiten que su sexualidad sea moldeada y construida plurívoca en el devenir ontogenético de los individuos, en tanto que éstos son algo más que meros organismos, son *sujetos culturales y psicoafectivos*, sujetos sociales con temperamentos, personalidades e individualidades susceptibles de encuentros y desencuentros azarosos. No es posible, por tanto, obviar las relaciones interpersonales, las relaciones entre los individuos y las instituciones, ni negar la importancia que tienen tanto las relaciones ideológicas entre sujetos como las situaciones, en función de las creencias (los imaginarios colectivos), que tienen un papel importante como ingredientes de la cultura y, por lo mismo, de una sexualidad simbolizada y significada de muy diversas formas.

En esta perspectiva es obligado pensar al animal humano, más que como mero organismo evolucionado, como organismo *revolucionado*, que es parte de un dinámico fenómeno auto-organizativo de corte biopsico-ecológico (tanto biofísico como biosocial y sociocultural), y cuyas cualidades inherentes al doble proceso de hominización-humanización lo convierten en un animal no sólo singular como forma viva sino único y cambiante como forma social. Entre tales cualidades cabe subrayar dos, de carácter evolutivo y ontogenético, que hacen que cada individuo sea no sólo singular frente a sus congéneres sino también flexible y plástico, único en los diversos momentos y periodos de su existir: *la altricialidad* y *la neotenia*. Cualidades que, en los niveles en que se dan en nuestra especie, *difícilmente son compatibles con un comportamiento netamente instintivo*, en la medida en que implican susceptibilidad y cambio, flexibilidad y plasticidad, y no sólo maduración de estructuras funcionales.

En los humanos la altricialidad y la neotenia, reconozcámoslo, devienen en la adquisición de cualidades únicas. La *altricialidad* (o

³ El individuo hermafrodita queda, en uno y otro caso, totalmente borrado.

inversión parental para la supervivencia y la maduración de la cría) y la *neotenia* (conservación de rasgos juveniles en el estado adulto) son dos fenómenos con frecuencia desatendidos cuando se aborda el estudio de la sexualidad del primate *sapiens*. Sin embargo, parece necesario reconocer que uno y otro fenómeno se significan como cualidades que *abren al individuo a experiencias múltiples* (y con frecuencia enfrentadas), lo que sin duda deriva en la posibilidad de una pluralidad de formas, sentidos y direcciones de su sentir-hacer sexual. Como animal altricial, el primate humano requiere de un largo periodo de inversión parental, durante el cual se ve expuesto a experiencias diversas, al tiempo que maduran sus funciones y habilidades para responder a estímulos tanto exógenos como endógenos.

La cría humana –según nos hacía reconocer Ashley Montagu (1961, 1969 y 1981) en su momento–, al ser flexible y plástica, consigue mantener por más tiempo, si no es que en realidad por toda la vida, una serie de cualidades juveniles, como la capacidad de aprendizaje y el interés por el juego. En tanto que animal neoténico, el *Homo sapiens demens* deviene capaz de adecuarse y adaptarse a un sin fin de cambios medio-ambientales (muchos de ellos de carácter social) que derivan en conductas variables y comportamientos plásticos, los cuales contradicen la rigidez espontánea y automatizada de los instintos. Mientras que otras especies manifiestan cambios sustanciales entre las crías y los adultos, que los hacen no sólo diferentes físicamente sino muy distintos en el tipo de relación que tienen con el entorno, el animal humano *siempre mantiene rasgos juveniles* que le permiten ser, en estado adulto, moldeable y plástico como en sus primeros años de vida: *susceptible al cambio, al juego, a la exploración y a la aventura*; rasgos que sin duda enriquecen su expresividad como organismo sexuado, por su biología, y sexualizado, por su entorno social y cultural.

La sexualidad *sapiens-demens* se caracteriza por su tendencia a desbordar los límites de la reproducción e incluso del establecimiento de vínculos más o menos estables y permanentes entre individuos, lo que deriva en un universo caleidoscópico de experiencias y propuestas que mucho tienen de juego y riesgo. Y en tanto que el animal humano es altamente altricial, gran parte de esa sexualidad que expresa hunde sus raíces en los prolongados y definitorios momentos que ha vivido como miembro de un grupo familiar, en el que las diversas edades, gracias a la neotenia,

consiguen tener intereses comunes y compartir aficiones, hábitos, gustos y expectativas... todo ello, impensable en términos de instintividad.

REFERENCIAS

ALONSO, MARTÍN

1991 *Enciclopedia del idioma*, tomo II D-M, Editorial Aguilar, México.

LIZARRAGA, XABIER

1977 *Ideas en desarrollo para una antropología del comportamiento*, tesis de maestría (inédita), ENAH-INAH, México.

LORENZ, KONRAD

1971 *Evolución y modificación de la conducta*, Siglo XXI Editores, México.

LORENZ, KONRAD Y PAUL LEYHAUSEN

1971 *Biología del comportamiento*, Siglo XXI Editores, México.

MONTAGU, ASHLEY

1961 *La dirección del desarrollo humano*, Ed. Tecnos, Madrid.

1969 *Hombre, sexo y sociedad*, Guadiana de Publicaciones, Madrid.

1981 *El sentido del tacto*, Editorial Aguilar, Madrid.

MORIN, EDGAR

2003 *El método –V–. La humanidad de la humanidad*, Ediciones Cátedra, Madrid.